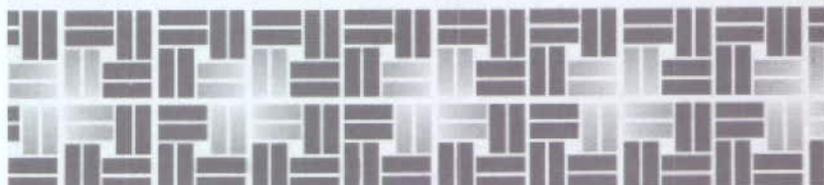
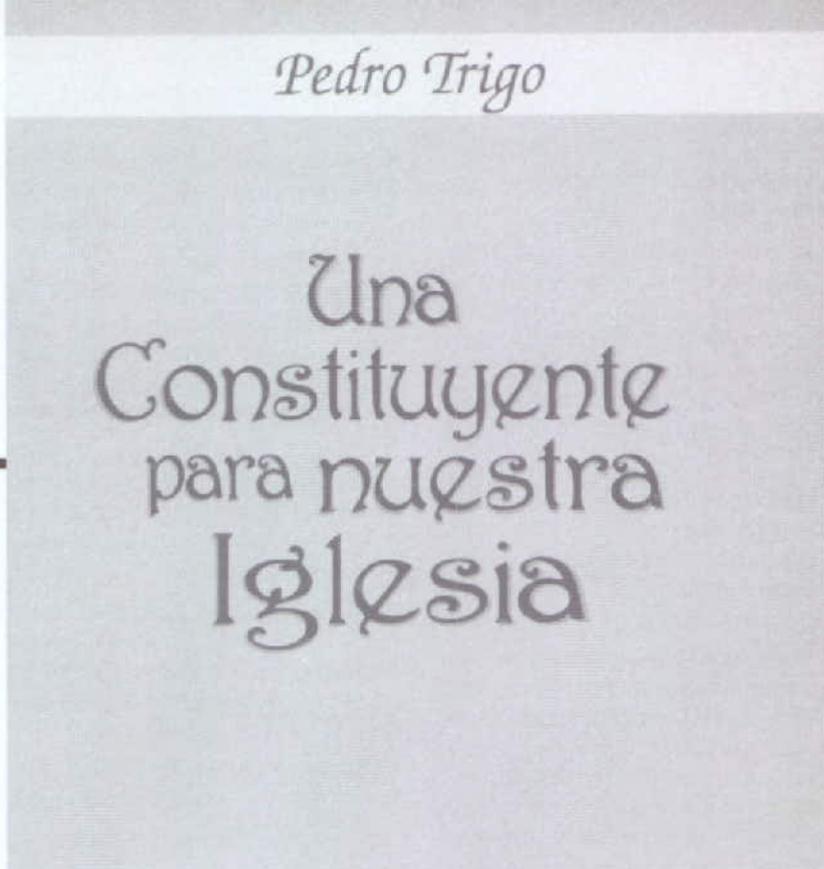


**LUIS OVANDO HERNÁNDEZ**

Pedro Trigo, SJ  
UCAB, 2000  
pp. 258.

El deseo último de Pedro Trigo es que no dejemos escapar de nuestras manos la oportunidad que nos brinda el Concilio para que encaremos seriamente nuestra situación como Iglesia venezolana: «Nos animamos a llamar a las cosas por su nombre, aunque nos cause dolor, porque tenemos esperanza. Por eso nos tomamos el trabajo, nada agradable, de remover las aguas, para orear nuestro ambiente y propiciar esa reacción saludable que espera Dios de nosotros y demanda nuestro pueblo» (p. 12).



La Iglesia de Venezuela está próxima a celebrar su Concilio Plenario. Nuestra respuesta como cristianos a la invitación ha sido más bien escasa en términos de una real y activa participación. Las razones son muchas y complejas. Cuando hablamos de participación no nos estamos refiriendo a la mera presencia física, que también la supone, sino al hecho concreto de «dar razón de nuestra esperanza», compartir nuestros sueños y preocupaciones, abrir nuestras mentes y corazones para que nos llene el Espíritu de Jesús y poder orar juntos para que el paso de Dios por nuestra vida sea una llamada a la conversión e impulso para seguir andando por el sendero que este mismo Espíritu nos indica.

Es a propósito de la celebración del Concilio Plenario que el Teólogo Pedro Trigo, director del Centro Gumilla, ha querido participar compartiendo con todos sus reflexiones sobre nuestro modo de ser Iglesia en Vene-

zuela, y que ha publicado en su libro «Una Constituyente para nuestra Iglesia».

Lo primero que salta a la vista es que el libro no parece tal, sino una «recopilación» de artículos sobre temas que han sido tratados en otros ámbitos y momentos. Superada esta primera impresión entramos en lo más valioso de su aporte: su unidad y coherencia interna nos hablan de un teólogo que ha pasado años de su vida reflexionando y profundizando los temas en cuestión desde Venezuela.

En tal sentido, el autor nos advierte que el título del libro no tiene la intención demagógica de «pescar en río revuelto», tanto en las aguas de la Iglesia como en las de nuestra realidad, aprovechándose del proceso que vivimos el año pasado con la formación de la Asamblea Nacional Constituyente. A nosotros no nos parece, por otra parte, que su intención primera haya sido la de «vender el producto», demostrando así, en un gol-

# Una constituyente para nuestra iglesia

pe brillante, que posee genio y olfato para sacar provecho de momentos coyunturales.

El deseo último de Pedro Trigo es que no dejemos escapar de nuestras manos la oportunidad que nos brinda el Concilio para que encaremos seriamente nuestra situación como Iglesia venezolana: «Nos animamos a llamar a las cosas por su nombre, aunque nos cause dolor, porque tenemos esperanza. Por eso nos tomamos el trabajo, nada agradable, de remover las aguas, para orear nuestro ambiente y propiciar esa reacción saludable que espera Dios de nosotros y demanda nuestro pueblo» (p. 12).

El libro está conformado por tres partes. La primera pretende aportar, a través de tres aproximaciones históricas, los «datos básicos» que nos muestren quienes somos. Confrontados con esta imagen que emerge de la historia podemos focalizar lo que poseemos, nuestras posibilidades y riquezas, y nuestros problemas. Hecho el recorrido histórico —señala el autor—, estamos en condiciones de plantear el problema específico de la homología estructural de la institución eclesial y de las demás instituciones establecidas que es, en definitiva, el haberse apropiado de tal manera del carácter representativo hasta llegar a la sustitución de los representados. La consecuencia más inmediata fue el divorcio entre unos y otros junto con el deseo de perpetuar el orden establecido legitimándose a través de los servicios que prestan y no por una articulación de los sujetos en cuestión. Esta sección se cierra con la presentación del horizonte de la Iglesia que queremos: es en la participación de todo el pueblo de Dios —como principio de comunión—, en donde la Iglesia se legitima como la Iglesia de Jesús. El proceso participativo deberá incluir a los excluidos de siempre, a los pobres de Jesucristo.

La segunda parte se centra en el Concilio Plenario Venezolano. El autor señala los requisitos para que sea verdaderamente una «oportunidad salvífica» para nuestra Iglesia local: el ambiente en el que nos movemos es el de la no-participación, tanto a nivel sociopolítico como eclesial. Es cierto que en la Iglesia se han operado algunas transformaciones que van en la línea de una preponderancia de lo pastoral y lo concreto sobre la ley, así como una opción cada vez más decidida a favor del pueblo. Consecuencia de ello es que el pueblo se siente cada vez más Iglesia a través de la participación en las comunidades cristianas. Estamos más cerca, según el autor, de la Iglesia confesante. En esta perspectiva se hace posible sugerir cuáles son los modos de participar en el Concilio. Se trata de darle la palabra a los que nunca la han tenido, a los de abajo.

La última parte se refiere a algunos tópicos propios de nuestra realidad (van desde el problema del concubinato hasta la misión de la Iglesia en Venezuela, el cristianismo, la situación del intelectual cristiano, etc). Son tópicos tratados de modo evangélico, que miran a soluciones igualmente evangélicas. De no ser así, nos dice el autor, la Iglesia corre el riesgo de volverse «in-significante», corre el peligro de dejar de ser sacramento de salvación que Dios nos alcanzó en Jesús de Nazaret. Lo que se quiere es que el Concilio Plenario Venezolano comunique esperanza a una Iglesia de hermanos y hermanas que está en un constante camino de iniciación en el Misterio, que introduce y acompaña a otros en este proceso.

Pedro Trigo termina constatando que la Constituyente fracasó, y anhela de corazón que no suceda lo mismo con nuestra Iglesia. «Pero, en cualquier hipótesis, ésta es nuestra Iglesia y seguimos comprometidos con ella y lu-

chando por acrisolarnos como discípulos y entregarnos con más valentía y creatividad a la misión de que los pobres vivan, y de que la relación con Dios sea la fuente que impulse a construir el mundo fraterno de los hijos de Dios» (p. 258).

---

**LUIS OVANDO HERNÁNDEZ, SJ**  
Teólogo